

# Poesía

## NOSTALGIA DEL OTOÑO

Felipe Vázquez Badillo\*

a Mariana  
a José Carlos Becerra, *in memoriam*

I

El otoño ha pasado con una cadencia de murmullos,  
lejano,  
casi como un nudo de palabras desterradas del silencio.

El equinoccio de septiembre es la bandera anunciando el  
retorno hacia la tierra,  
su brisa me habla de un idioma de imágenes despiertas,  
caminando unidas a un sueño de pájaros y libros.

Ahora aquí, atravesando los eriales del invierno,  
él me mira ensimismado, ojos de humo,

\* ENEP, Acatlán.

La Revista *Punto de Partida* se suma al homenaje que este joven poeta  
rinde a José Carlos Becerra, en el veinte aniversario de su muerte.

desde la última columna partenónica del tiempo,  
y me parece una distancia, de pantanos y lluvias torrenciales,  
imposible de conocer su lenguaje o sus bramidos.

(¿Desde cuándo aprendí que él es el padre de los héroes,  
de incendios, muchedumbres y temblores;  
y la madre leyendo el movimiento de los astros:  
el herrumbroso código del presente y el origen del origen  
arcano de sus hojas, borroncadas a golpes de infinito?)

No lo sé. Quizá nací escuchando su voz, escapada de  
su templo,  
a través del verano, de las piedras y del viento;  
o bien, cuando sumí las manos en el río  
y él me devolvió, como en un espejo,  
el rostro nocturno de las cosas cayendo sin fin hacia  
el futuro.)

## II

El otoño me dio el rumor del mar en el crepúsculo,  
la melancolía de animal felino en busca de amor en  
plenilunio,  
también me dio un territorio en su memoria  
donde las hojas se confunden  
con las conchas reflejando el sol a medio día,

y me dio a ti, ausencia atrapada en las redes del recuerdo.

Las horas y los días se me pierden en tu búsqueda,  
casi a la deriva indago a la palabra, no hay respuesta,  
y su misterio me encadena a proseguir hasta encontrarla.

He zarpado veinte veces del puerto del verano  
y, otras veinte, arribado a las arenas blancas del solsticio;

en el viaje, lanzo señales al fondo del océano,  
al pozo de la noche y la superficie de las aguas;

y de ti, ausencia transferrada, no sé nada,  
no respondes, no hablas, prefieres las playas solitarias  
y escondes tu cuerpo desnudo entre las rocas  
cuando mi barco invasor surca a través de tu mirada.

Sé que nunca te hallaré,  
pero seguiré buscando hasta mi muerte.

Otoño, ausencia nunca dicha,  
anclada en la marisma de mis manos.

### III

Decir tu nombre cuando tus huellas se han petrificado  
es acariciar los senos de una muchacha enamorada  
y abrir los ojos y encontrar el mármol frío del imposible.

Mirarte a través de la noche o de la lluvia  
es beber el agua estancada en unas ruinas  
y decir, igual que un esqueleto abandonado en el desierto,  
"siempre aborrecí la soledad y acabé siendo parte de  
su cuerpo".

Hablarte, es un extraño reencuentro de mi vida y tu  
presencia:  
un soliloquio de raíces afianzadas a la tierra.

Te sientas un rato en el camino —porque siempre  
estás de paso— y de tu boca salen voces amarillas:  
describes el canto de las hojas disecadas, el viento  
cruzando bosques y ciudades, el dolor de la yerba  
clamando su agonía al filo de una fecha desteñida.

Lo dices todo y sin embargo yo no he podido descifrarlo.

Vivirte, en realidad, no es vivirte.  
Es, simplemente, estar en ti como en un jardín sin flores;  
o, si acaso, una caricia intrascendente  
de dos jóvenes que han hecho el amor a la intemperie.

¿Te he negado? ¿He dicho cosas y después las niego?  
No, únicamente le doy vuelta a tu eje otoño-tetraedro.

## IV

Abro la ventana cuando escucho tus pasos en la tierra,  
me asomo y me encuentro a una calle sin luz, vacía.

Las aguas empiezan a alejarse de mi casa.

Al cabo de las noches apareces, como si vinieras de un  
país lejano  
donde irremediablemente la única verdad es el olvido.

¿Eres sombra de gélidos naufragios?

Pasas y mis pupilas exploran tu epidermis,  
recorren tus piernas, tus brazos y se detienen en tus ojos.

¿Alguien ha mirado los ojos del otoño?  
Son dos abismos (tal vez diamantes) donde la muerte  
danza en las sombras de una hoguera.

Te veo correr en el patio de mi casa y en el campo  
pero tú eres incapaz de ver el polvo que dejas a tu paso.

¿Quién no ha visto llegar el otoño, sin nostalgia?

Inesperadamente has dejado caer sobre mí el peso de tu  
aliento,  
ese tiempo encerrado en tu puño cadavérico.

¿Quién no ha muerto en el otoño?

No te sorprenda mi voz. Cuando sale de mi boca  
ya no dice nada. Es sólo un crujido de hojas secas.

¿Crees que sólo los árboles entienden tu lenguaje mudo?

Yo también sé de silencios vegetales. . .

V

¿Qué cuerpo plasmado en mi mente nebulosa  
ha roto el cántaro cristal de roca?

¿A dónde van las sombras  
si el mar y las arenas  
pulen el contorno de los huesos  
hasta hacerlos transparentes?

¿Qué ha sido de la lluvia  
el agua sobre aquella piedra blanca  
qué de las albas  
donde a solas  
levantabas la tristeza  
qué del cielo nublado y el océano  
donde nadabas  
hasta encontrar un caracol  
de palabras infinitas y tan presas?

¿En qué silencios  
gritaré en qué desierto?

¿En qué montaña  
en qué batalla perdí la guerra?

¿Hasta cuándo la tierra  
guardará el secreto de mi muerte?